

Inculturación e inter-culturalidad en Juan Pablo II y en Benedicto XVI

Francesco Follo , 29/03/2010

Treinta años han transcurrido desde que el término "inculturación" fue utilizado por primera vez en un documento pontificio (Catechesi tradendae, n. 53, octubre de 1979). Desde entonces, el término y el concepto de inculturación se han ganado un lugar en el primer plano de los discursos de los Papas dedicados a la misión, a la evangelización y al diálogo intercultural e interreligioso.

Desde sus orígenes – a partir de la transición del mundo judío al mundo helenístico – la Iglesia conoce la multiplicidad de culturas. Durante el siglo XX, la irrupción de la complejidad y el pluralismo cultural fue acogida, pensada y analizada por el Magisterio de la Iglesia. En este sentido, el Concilio Vaticano II trata abundantemente la relación entre fe y cultura en la Constitución Gaudium et spes (cf. n. 53), que proporciona también un análisis detallado de cómo, en el mundo moderno, el desarrollo científico y el surgimiento de las ciencias sociales, junto con fenómenos como la industrialización y la urbanización han dado lugar a una nueva forma de cultura de masas.

El sentido de la palabra inculturación se ha ido poco a poco formado junto con otros vocablos tales como "aculturación", "transculturación", "enculturación". La aculturación es el encuentro de las culturas y los cambios causados por tal encuentro. La transculturación designa en cambio un conjunto de elementos presentes en todas las culturas o bien la transferencia etnocéntrica y unidireccional de ciertos elementos de una cultura a otra. Por último, la noción de enculturación, acuñado por Herskovits en 1948 (Man and His Works, Nueva York, 1952) se refiere al proceso de aprendizaje mediante el cual un individuo hace suyas las características de la cultura en la que está inmerso y, en un sentido más amplio, se refiere a la transmisión de la cultura de una generación a otra. Enculturación es sinónimo de "socialización".

En Redemptoris Misión, en el número 52, el Papa Juan Pablo II recupera la definición de la Asamblea extraordinaria del Sínodo de 1985 para definir la inculturación como «la íntima transformación de los auténticos valores culturales mediante su integración en el cristianismo y del cristianismo en las diferentes culturas». La inculturación se caracteriza por lo tanto por un doble movimiento: por un lado un movimiento dialógico directo hacia las culturas, que pasa por la encarnación del Evangelio y la transmisión de sus valores; por otro lado, un movimiento orientado hacia la comunidad eclesial que se traduce en la introducción en su interior de valores presentes en la cultura en que se encuentra. Se da entonces una fecundación recíproca.

En otras palabras, la inculturación tiene dos problemas correlativos: la evangelización de las culturas y la comprensión cultural del Evangelio. Es precisamente este movimiento el que hizo decir a Juan Pablo II en 1982: «La síntesis entre cultura y fe no es sólo una exigencia de la cultura, sino también de la fe... Una fe que no se hace cultura es una fe no plenamente acogida, no totalmente pensada, no fielmente vivida» (Discurso a los participantes en el Congreso Nacional del MEIC, 16 de enero de 1982).

La inculturación no es un acto sino un proceso que se inscribe en el tiempo. Se trata de un proceso activo que requiere el reconocimiento recíproco y el diálogo, conciencia crítica y discernimiento, fidelidad y conversión, transformación y crecimiento, renovación e innovación.

Ciertamente, si queremos entender lo que realmente está en juego en el llamado proceso de "inculturación", para aclarar la relación entre fe y cultura y comprender cómo la fe cristiana se difunde en todo el mundo entrando en contacto con todas las culturas, estamos obligados a preguntarnos qué significa el término mismo "cultura". ¿Qué es en el fondo la cultura? ¿En qué términos habla de ella el Magisterio de la Iglesia? Podemos afirmar, con una primera

definición, que la cultura es la totalidad de los medios utilizados por los seres humanos para llegar a ser más virtuosos y más razonables a fin de poder acceder a la plena humanidad. En su significado más exhaustivo la cultura se define por una apertura a lo divino y, en última instancia, por una dimensión religiosa. En 1993, como parte de un discurso pronunciado a los obispos de Asia, el entonces Cardenal Ratzinger declaraba: «no debemos hablar de la "inculturación", sino de encuentro de culturas o de la "interculturalidad"».

Para Benedicto XVI, la interculturalidad «pertenece a la forma original del cristianismo» e implica tanto una actitud positiva hacia las otras culturas y hacia las otras religiones las cuales forman el alma, como una obra de purificación y una "valiente poda" indispensable a toda cultura que quiera seguir siendo abierta y viva.

Así descrito, el encuentro entre culturas es posible gracias a dos presupuestos. El primero es la universalidad de la ley natural. A pesar de todas las diferencias que los separan, los hombres tienen en común una misma naturaleza: su razón está abierta a la Verdad. El segundo presupuesto es la idea según la cual la fe cristiana, que nace de la revelación de la verdad, produce lo que podríamos llamar "la cultura de la fe", cuya característica es la de poder encontrarse en cualquier pueblo o sujeto cultural. No existe, por tanto, una fe neutral, abstracta de cualquier tipo de cultura, que pueda ser injertada en diferentes contextos religiosamente indiferentes. La fe cristiana no se identifica con ninguna cultura en particular. Está íntimamente ligada a un cierto pluralismo.

El diálogo entre las culturas y las religiones – uno de los puntos cardinales del pontificado de Juan Pablo II – caracteriza hoy la acción de Benedicto XVI, el cual, mucho antes de su elección, ha dedicado gran parte de su reflexión a este tema.

En 1975 la exhortación apostólica *Evangelii Nuntiandi* afrontaba ya la cuestión de la relación entre Evangelio y cultura. Precisamente a raíz de *Evangelii Nuntiandi* el papa Juan Pablo II ha utilizado el término "inculturación" para subrayar el hecho de que, habiendo sido vivido por hombres y mujeres siempre vinculados a culturas específicas, el Evangelio trasciende todas las culturas.

El tema de la apertura de las culturas a los valores universales se desarrolló en el documento *Fe e inculturación* (1988) de la Comisión Teológica Internacional, de la cual el Cardenal Ratzinger ha sido presidente desde 1982. Se atribuye al concepto de inculturación una variedad de significados que incluyen no sólo el esfuerzo de la Iglesia para hacer penetrar el Evangelio en todos los contextos socio-culturales, sino también su influencia en las culturas a las que está vinculada «la idea de crecimiento, de recíproco enriquecimiento de las personas y de los grupos, en virtud del encuentro del Evangelio con un entorno social».

El Cardenal Joseph Ratzinger, por lo tanto, ha sostenido la necesidad de abandonar la perspectiva de la inculturación para pasar a la interculturalidad. Benedicto XVI confirma que la inculturación de la fe es una necesidad sin comprometer la especificidad y la integridad de la fe. Sin embargo, para él, la relación entre la Iglesia y las culturas implica otros aspectos, en particular una labor evangelizadora que requiere una acción de discernimiento crítico. Expresando una preocupación que le es propia, Benedicto XVI ha invitado en varias ocasiones a «una reflexión que muestre la riqueza de la única verdad en la pluralidad de las culturas» (Discurso en ocasión del XXV aniversario del Pontificio Instituto Juan Pablo II para el Estudio sobre Matrimonio y Familia, 11 de mayo de 2006).

Alguien dijo que una página de historia vale más que un volumen de teorías. Pero, teniendo en cuenta el hecho de que la teoría y la práctica son correlativas, propongo, para concluir, considerar el modelo de la inculturación a la luz del modelo de la Encarnación, cuya peculiaridad consiste en que se asume para transfigurarse.

<http://www.oasiscenter.eu/node/5612>

www.inculturacion.net